

Capítulo 6

Metodologías críticas/situadas en investigación-intervención con juventudes en tránsito migratorio

Ricardo Carlos Ernesto González¹
Porfiria del Rosario Bustamante de la Cruz²
José Alfredo Nateras Domínguez³

<https://doi.org/10.61728/AE20256395>



¹ Profesor-Investigador de la Facultad de Ciencias Humanas, UABC

² Profesora-Investigadora de la Facultad de Pedagogía e Innovación Educativa, UABC

³ Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa

Resumen

Las metodologías cualitativas, en su existir, han transfigurado constantemente sus articulaciones teóricas, conceptuales y técnicas, como consecuencia directa de las exigencias de contextos y problemáticas socioculturales, psicosociales, educativas y políticas contemporáneas, dando paso a propuestas gestadas en los retos que el trabajo de campo demanda. Para el caso de los estudios con poblaciones vulneradas, como las migrantes y, bajo la mirada interseccional, de las juventudes en tránsito, el posicionamiento cualitativo prioriza sus experiencias y narrativas (tiempo-espacio social) de vida. De tal modo, este texto propone una ruta de diseño metodológico para investigaciones que tienen como objetivo el estudio de las juventudes migrantes —nacionales e internacionales—, misma que se encuentra compuesta por dos métodos: el *biográfico*, que posibilita llegar al relato de vida y su dimensión narrativa, con las entrevistas de mismo corte; y el *multi-sited ethnography* bajo la metáfora de “seguir los procesos culturales”, dotando de contexto a los fenómenos sociales y en particular a sus interacciones sociales. Tener la centralidad de estudio en las poblaciones migrantes demanda una atención crítica permanente en el relato-experiencia y sus tránsitos, conduciéndonos a la crítica sobre las condiciones en que viven y en que la academia se ha inscrito al hacer investigación e intervención.

Introducción

*La noche es territorio imposible.
Antes nos íbamos para que nos sucediera algo;
ahora nos vamos para que nada nos suceda.
Mercedes Alvarado⁴*

La punta de lanza que representó el positivismo en las ciencias humanas y sociales, desde finales del S. XIX y hasta mediados del S. XX, estableció los límites inamovibles de todo ejercicio que se presumiera

⁴ Poema “Muerte es un verbo gerundio”. En la obra “Nombres Propios”, editada por Elefanta del Sur, del 2023.

científico, en el sentido más conservador de la palabra. La elaboración de investigaciones que tuvieran en su esencia la intención de llamarse “científicas” tenía que pasar por filtros de evaluación que garantizaran su rigurosidad, haciendo acento en la aproximación a verdades absolutas, nociones absolutistas y, sobre todo, posibilidades de aplicación generalizada. La socorrida práctica de “recolectar” datos, potencialmente cuantitativos, y su análisis —obligado— empirista/predictivo representaba el adiestramiento más aceptado para cualquier ejercicio científico, avalaba —desde el supuesto— una inmaculada objetividad, distanciamiento, asepsia dentro de su quehacer, así como la presunta aproximación a las verdades absolutas del mundo que le hacían a la ciencia ganar su lugar de control o poder.

Esta inmanencia de lo que se presumió real opuso resistencia a las ideas renovadas que llegaron durante la segunda mitad del S. XX, orientando sus esfuerzos a poner en tela de juicio la predicción del mundo social, la búsqueda de generalidades y frecuencias de fenómenos en la vida cotidiana, dejando detrás un rastro de dudas epistémicas sobre la ética que tenía tal ejercicio positivista. La afamada crisis de las ciencias humanas y sociales, que se ubica entre los años 50, 60 y 70, abrió camino a las tensiones teórico-metodológicas que sentarían las bases de un *giro cualitativo*.

Las nociones clásicas del diseño “científico” se han gestado en bases donde el conocimiento producido se concibe como óptimo, legítimo y absoluto; no obstante, esta misma constante obligó a otras posturas intelectuales a iniciar un cuestionamiento paulatino, iniciando o enfatizando una de las máximas del positivismo: la objetividad, que se erigía como el estandarte de los métodos cuantitativos, generando con ello lo que George Devereux (1994) nombró *l’angoisse à la méthode* —representando así una herencia de la que reflexionaremos posteriormente—; seguida del contraste, comparación, experimentación y predictibilidad.

Esta postura ha dejado pasar desapercibidas, de forma intencional, unidades de las múltiples formas de vivencias-experiencias y realidades sociales, las mismas que operan, se atraviesan y circulan de forma paralela dentro de las trayectorias de vida de las sociedades, incluyendo en estas las implicaciones subjetivas del investigador. Un tema no menor en los

procesos metodológicos y epistémicos durante lo transcurrido en el siglo XXI. Bajo esta construcción de reflexiones, encontramos fundamental, a pesar de que parezca innecesario, recordar lo cardinal respecto a establecer las características y condiciones de las investigaciones en las ciencias sociales, respondiendo directamente a la crítica del positivismo y, particularmente, de las metodologías cuantitativas frente a las cualitativas.

Íñiguez (1995) afirma que “La medición, en Ciencias Sociales, se ha presentado [durante el periodo en que el autor lo escribe] como un logro, convirtiéndose en pivote del desarrollo de las Ciencias Sociales en su conjunto” (p. 57); empero, el mismo autor señala que las crisis presentadas durante la segunda mitad del S. XX resultaron en una necesaria transformación extendida a lo largo de las décadas, suscitando un crecimiento potente en las metodologías cualitativas. El recalcitrante debate de las oposiciones alusivas al cuantitativismo y cualitativismo tiene un rastro que puede encontrarse en Platón y Sócrates: el primero partiendo por el formalismo y la abstracción de la realidad única para encontrar leyes generales en lo relativo a su funcionamiento; y en el segundo, encontrando una perspectiva sustantivista en lo que respecta a las cualidades sensible-empíricas de la naturaleza variable (Denman y Haro, 2000).

La inapelable complicación que tenemos en las ciencias sociales por trabajar como las “ciencias duras” yace en la insostenible necedad por manejar el dato social como se hace con el “dato duro”; el control de variables, la manipulación de las “sustancias” o el impulso por la experimentación son zanjaz peligrosas en el curso que lleva el ejercicio investigativo. Pues, de inicio, al no considerar la predictibilidad de las variables como un objetivo único de nuestro ejercicio científico, damos un efecto de contracorriente y a su vez de cuestionamiento a la base de las ciencias. La manipulación de las variables no es factible cuando hablamos de fenómenos sociales tales como un accidente, una catástrofe natural, una manifestación y demanda política, procesos electorales o, inclusive, detenciones policiacas, privaciones de la libertad y violaciones a los Derechos Humanos; por ende, depositar nuestro esfuerzo en el control de los fenómenos que estudiamos sería necio.

Íñiguez (1995) continúa con dos ideas centrales: por un lado, aparece la necesidad de evitar “cortar” con los procesos en el afán de medir y afirma, a su vez, que una parte del conflicto entre las metodologías

cuantitativas y cualitativas se sostiene en la falta de comprensión sobre sus alcances —que por este motivo no se invalidan unas a otras—. Por lo que, para lograr vislumbrar —o superar— este punto de confusión, se debe discernir sobre aquello que se define como metodología, método y técnica; y si bien esto parece demasiado básico, muchos de los conflictos en el diseño de investigación, así como las querellas recalcitrantes entre academias, devienen de esta inconsistencia respecto a los objetivos que se persiguen con cada concepto.

Así, con fines más prácticos y resolutivos, el autor propone entender por: “...metodología... la aproximación general al estudio de un objeto o proceso... el conjunto de medios teóricos, conceptuales y técnicos que una disciplina desarrolla para la obtención de sus fines” (p. 57). Estos entramados teóricos, entonces, no se asumen como auténticos en lo cualitativo o cuantitativo, sino que obedecen a los fines mismos de la investigación, pero que a su vez no parecen estar desatendidos de sus medios consecuentes, por ejemplo, de los métodos y técnicas, que se encuentran subyacentes al destino que la metodología persiga, así es que el autor entiende:

Por método, los caminos específicos que permiten acceder al análisis de los distintos objetos que se pretenden investigar. El método engloba todas las operaciones y actividades que...posibilitan el conocimiento de los procesos sociales. Finalmente, por técnicas se entiende los procedimientos específicos de recogida de información...no son necesariamente en sí mismos cuantitativos o cualitativos...en cualquier caso provendrá de su enmarque en un método específico (Íñiguez, 1995, p. 57)

La mancuerna entre teorías, conceptos, enfoques, los caminos a seguir y las herramientas para realizarlo resulta fundamental si lo que se pretende es dar congruencia a una investigación científica social y, a su vez, facilita cerrar filas a las críticas posibles, sobre todo las renunciadas del positivismo a otras posturas epistemológicas. De este modo, nos disponemos a reflexionar sobre las posibilidades metodológicas desde lo cualitativo ante fenómenos tales como los tránsitos migratorios de poblaciones juveniles, sumando un elemento transversal: el enfoque crítico y situado.

El reto de lo llamado “crítico-situado”: propuesta metodológica

Propuestas como la *grounded theory* (Glaser y Strauss, 1967) pusieron en tela de juicio los postulados positivistas, particularmente los que consideraban a la rigurosidad de la verticalidad descendente, el flujo adecuado para pensar el uso de la teoría frente a los datos; sucediendo lo mismo que desde la *fenomenología* (Schütz, 1972) que colocó su mirada aguda en el radicalismo de la objetividad como indicador de la ruptura con el purismo heredado de las afamadas ciencias duras. La necesidad de re-pensar al trabajo de campo, la construcción de datos y el análisis de estos, era una innegable tarea desde mediados del S. XX. La presencia del científico cualitativista se había tergiversado o malversado, como se quiera pensar, en tanto el rasgo que tuvo este ejercicio desde sus inicios. La palabra “investigación”, como aclara Smith (1999), fue en su ejercicio prolongado una herramienta cargada de colonización, violencia, extractivismo y dominación.

Los resultados de tales ejecuciones en la investigación de las ciencias humanas y sociales fueron, de muchas formas, parte central en la construcción de los pensamientos hegemónicos y la perpetuidad de las asimetrías, razón que evocó el establecimiento de investigadoras e investigadores provenientes o patrocinados de los epicentros económicos, dirigidos a las poblaciones más precarizadas o doblegadas en las guerras —pensemos en Japón al finalizar la II Guerra Mundial o las comunidades étnicas en México durante inicios del S. XX—. Sin embargo, con el paso de las décadas, estas prácticas comenzaron a ser más consientes, dando a paso al replanteamiento desde su base epistémica y ontológica. Para Burawoy (2018) la necesidad de reflexionar en torno a los procedimientos en que se trabaja desde las ciencias sociales resulta más desde el enfoque crítico:

...somos parte del mundo que estudiamos. Es como si estuviéramos en un autobús, abriéndonos paso a través de un denso tráfico, frenando en cada esquina para recoger y dejar pasajeros que se pelean, reflejo de la guerra que se desarrolla afuera. El bombardeo exterior nos va obligando a rediseñar nuestro autobús. Sus paredes están hechas de un fino papel que ya ha sido arrancado en algunas

partes. Más allá de nuestros sueños y pretensiones, el nuestro no es un trasatlántico que navega a través de aguas calmas. (12)

La metáfora usada por el autor, aludiendo a la complejidad de hacer trabajo de campo desde las ciencias sociales, incentiva la reflexión tras poner sobre el debate las implicaciones que se tienen al realizar una investigación. Las pretensiones de la distancia y la objetividad, para este punto, han quedado en un segundo plano. Si bien no son cuestiones de menor grado, no se colocan en el centro de la búsqueda científica. Considerar al objeto de estudio como “el otro”, aquel que es distante y ajeno, fue uno de los elementos de la investigación más cuestionados.

Este argumento es central, pues ese “otro” no es sino el producto de un ejercicio científico que ha colocado a los sujetos sociales en dinámicas e interacciones desequilibradas y asimétricas. Denzin y Lincoln (2011) afirman: “...la investigación cualitativa, en casi todas sus formas (observación, participación, entrevistas, etnografía), funciona como una metáfora del conocimiento, el poder y la verdad coloniales” (43). En consecuencia, cuando la figura del “otro” se aleja de lo diferente y comienza a ser el cercano, la incomodidad epistémico-metodológica comienza a presentarse. Los primeros cuestionamientos que se dieron al interior de estas crisis, respecto a la validez y las formas de hacer investigación, fueron el piso mínimo para el surgimiento de las perspectivas críticas en los procedimientos metodológicos.

Denzin y Lincoln (2011) no solo indican la problemática clave de los enfoques cualitativos clásicos y su origen colonialista, sino que afirman el surgimiento de un giro crítico en modelos como el feminismo, teoría crítica, marxista, estudios culturales y teoría queer. Mismos en los que se gestó lo que denominaron: “ontología realista-material; es decir, el mundo real es lo que produce una ‘diferencia material’ en términos de raza, clase y género” (p. 88). De forma tal que, al colocar el foco de análisis en las condiciones que rodean a los sujetos, y en donde el mismo investigador es implicado, se abre camino un rasgo crítico que encontramos clave en esta propuesta, no solo por su capacidad de cuestionamiento, sino por orientar a un procedimiento que ponga sobre la mesa la problematización de las hegemonías y privilegios que han perpetuado las investigaciones sociales.

Las interrogantes emergentes sobre la cuestionabilidad del conocimiento generado en Estados Unidos de América y Europa serían, para la última parte del S. XX, un eje central de lo que proponemos aquí como enfoque crítico-situado. Pues encontramos que la validez del conocimiento no depende únicamente de sus posibilidades de comprobación u objetividad, como fue presunto para el positivismo, sino que se ha anclado a la hegemonía política e intelectual desde el eurocentrismo y el pensamiento colonialista. La reproducción de investigaciones con los mismos objetos-sujetos de estudio, así como de los mismos enfoques, genera modos de reproducción discursiva sobre el control de unos ante otros. A esto Kincheloe y McLaren (2012) lo definen como el sustento de la teoría crítica:

En este contexto, la teoría crítica analiza los intereses rivales de los poderes entre grupos e individuos dentro de una sociedad e identifica quién gana y quién pierde en situaciones específicas... buscar una iluminación crítica es descubrir a los ganadores y a los perdedores en arreglos sociales en particular y los procesos por los cuales operan dichos juegos de poder...” (pp. 248-249)

Hasta este punto, la condición que enunciamos de lo crítico en lo que respecta al ejercicio de la investigación cualitativa puede ser entendida como una propuesta que consta de tres pasos: el primero sería el traslado del objeto-sujeto de estudio distante al cercano o, en el siguiendo a Baudon (2004), aquel que “realmente importa” en función de las necesidades y urgencias sociales; el segundo sería la consideración del conocimiento previo como un conjunto de saberes hegemónicos que han determinado los procesos de la cientificidad social; y finalmente, el tercero sería la incorporación de que las condiciones de realidad han dotado de sentidos particulares la producción de conocimiento.

Al ser poblaciones vulnerables con las que trabajamos: las juventudes en tránsito migratorio, el estudio, investigación e intervención no dependen únicamente de un “recorte” del fenómeno social, suponiendo que sus condiciones de vida solo dependen de un factor con el que se pueda trabajar o de un abordaje distante y objetivista que anule las complejidades de vida. Por el contrario, deben ser situadas en contextos

particulares y complejos, específicamente en cuatro áreas: históricas, políticas, sociales y culturales. Y si bien consideramos que no es posible que en todas las ocasiones sea seguido este modelo propuesto (imagen 1) al pie de la letra, el mayor esfuerzo por investigar e intervenir desde metodologías críticas-situadas puede dar paso a un cambio importante en la construcción de conocimientos.

Imagen 1



Nota: De elaboración propia, ilustramos como el flujo de la propuesta puede ser en dos sentidos —izquierda a derecha o derecha a izquierda— y en lo que respecta a los aspectos situados, pueden ser diversificados y ajustados en función del fenómeno social al que se está haciendo alusión

Lo crítico-situado en las investigaciones con juventudes migrantes en tránsito

Para llevar a cabo una investigación con poblaciones vulnerables, como las juventudes migrantes, es esencial que la investigadora o el investigador tome una postura clara respecto al objeto de estudio. La aplicación del enfoque crítico, como hemos enunciado, nos llevaría a colocar a un sujeto de estudio que forma parte de nuestro entorno o con quienes reconozcamos condiciones de atención urgente, más allá de una selección que se proponga desde la distancia y objetividad.

Esta postura debe responder tanto a las demandas del contexto como a la naturaleza de las problemáticas que se buscan abordar. Este enfoque

se conoce como “crítico-situado”, y se compone de dos elementos clave: el análisis crítico de las estructuras de poder que influyen en la vida de las personas y el reconocimiento de la especificidad contextual de los fenómenos sociales. En investigaciones que abordan a las juventudes migrantes, este enfoque resulta especialmente pertinente, pues permite comprender las interacciones entre sus trayectorias migratorias, los contextos fronterizos y de tránsito en los que se desenvuelven.

La evasión al “recorte estratégico” de las problemáticas en que se enmarcan las juventudes migrantes es, de inicio, el bastión del enfoque crítico para este caso. Así, tanto en las ciencias sociales como humanas, se busca, ante todo, cuestionar y dismantelar las estructuras de poder, inequidad y opresión que afectan a las poblaciones estudiadas. En el caso de las juventudes migrantes, el enfoque crítico permite visibilizar cómo las políticas migratorias, la criminalización de la movilidad y los estigmas sociales afectan a estos jóvenes (Díaz y García, 2019). Algunos investigadores han abordado la importancia de la conciencia crítica para cuestionar estas estructuras, lo que resulta esencial para una investigación transformadora (Kincheloe y McLaren, 2012).

La condición del conocimiento hegemónico y su cuestionamiento son consecuentes al mismo enfoque crítico del que hemos hecho enunciación; aunado a esto, Maritza Montero (2010) sostiene que el ejercicio de los trabajos críticos debe atender siempre a “discutir las atribuciones de esencialidad que naturalizan a las formas de conocimiento producido, presentándolas como la forma canónica” (p. 180). Así, las juventudes no fueron entendidas como poblaciones estáticas ni dependientes de los mundos adultos; por el contrario, las concebimos como sujetos activos que accionan en tanto sus condiciones contextuales les permiten, conllevando tensiones por la agencia y el control de sus condiciones de vida.

El objetivo de este enfoque es no solo documentar las experiencias de vida de las juventudes migrantes, sino también plantear una crítica a las condiciones en las que viven y transitan. Esto es fundamental para generar un cambio social que permita mejorar sus condiciones de vida. El análisis crítico, entonces, no es meramente académico; tiene como fin último la justicia social. Es importante realizar un trabajo de análisis más profundo en lo que respecta a los fenómenos migratorios, poniendo

especial atención en cómo se construyen desde la perspectiva de “abajo”; es decir, a partir de las acciones y actividades de los propios individuos (Portes et al., 2003).

El concepto de “lo situado” implica reconocer que todo conocimiento se produce desde un contexto específico, tanto para el investigador o la investigadora como para las y los interlocutores. Para abordar la situación de las juventudes migrantes, es necesario comprender los múltiples contextos en los que transitan: las fronteras geopolíticas, los albergues, las ciudades de paso y las condiciones en que viven mientras esperan oportunidades para continuar su trayecto o asentarse. Haraway (1988) menciona que todo conocimiento es “situado”, en el sentido de que está condicionado por la perspectiva y el contexto en el que se produce.

En el caso de las juventudes migrantes, el enfoque situado permite una comprensión profunda de cómo interactúan con su entorno y cómo este entorno moldea sus experiencias de vida. Es importante considerar factores como las políticas migratorias locales, las redes de apoyo comunitarias y las dinámicas socioeconómicas de las regiones fronterizas que atraviesan (Valenzuela, 2019).

La integración de estos dos elementos -crítico y situado- permite una comprensión más rica y compleja de las realidades de las personas migrantes. Este enfoque propone una investigación que se posiciona éticamente frente a las desigualdades estructurales, pero que al mismo tiempo reconoce la especificidad de los contextos locales. Así, este enfoque no solo permite estudiar las narrativas de vida de los migrantes, sino también contextualizar sus experiencias en los entornos específicos que atraviesan durante su ruta migratoria.

El método biográfico permite acceder a las historias de vida de las personas migrantes a través de relatos detallados que incluyen no solo sus trayectorias físicas, sino también sus experiencias emocionales y sociales en el tránsito migratorio. La entrevista biográfica es una técnica clave en este método, ya que permite que los sujetos relaten su propia historia en sus propios términos, proporcionando una visión profunda y matizada de sus vidas.

Rosenthal (2004) menciona que la biografía narrativa prioriza a poblaciones marginadas, ya que permite captar la complejidad de sus ex-

perencias y dar voz a quienes a menudo son silenciados. En el contexto de las juventudes migrantes, este enfoque es fundamental, pues permite entender no solo los desafíos que enfrentan, sino también sus estrategias de resistencia y adaptación (Cardenal, 2016).

Las ciudades fronterizas, especialmente aquellas en la frontera entre México y Estados Unidos, son espacios donde convergen diversas dinámicas culturales, económicas y políticas. Estos entornos son marcados por la presencia de muros fronterizos y puntos de control, así como por las tensiones que surgen de la movilidad humana. Las juventudes migrantes que atraviesan estas ciudades enfrentan desafíos administrativos, discriminación y la criminalización, hasta la falta de acceso a servicios básicos. Para Valenzuela (2014):

Las fronteras también son sistemas de clasificación social que recurren a elementos significados y significantes que delimitan sistemas de pertenencia y exclusión o de adscripción y diferenciación. Para ello, recurren a elementos que operan la distinción en los ámbitos cotidianos y los incorporan como referentes estructurantes de diferencias y desigualdades, como ocurre con los símbolos nacionales, el color de la piel, el sexo, el idioma, los emblemas religiosos o las estéticas reconocibles. (p. 18)

Las fronteras, al actuar como sistemas de clasificación social, reflejan ejercicios de poder. Los elementos que distinguen en lo cotidiano no solo tienden a la discriminación, sino que también contribuyen a la racionalización y jerarquización de las personas, sean migrantes o no. El enfoque crítico-situado en ciudades fronterizas permite entender cómo estos contextos influyen en las experiencias de los migrantes y cómo estos jóvenes interactúan con las estructuras de poder presentes en estos espacios. A través del uso de métodos como la biografía narrativa y la etnografía multisituada, las y los investigadores pueden documentar y analizar las condiciones específicas en las que viven las juventudes migrantes, y plantear una crítica a las políticas y prácticas que perpetúan su vulnerabilidad.

Conclusiones

Abordar el estudio de las juventudes migrantes o en tránsito mediante una propuesta que aluda al enfoque crítico y situado resulta ser un camino más ético al considerar las condiciones en que viven, no solo a la llegada de un punto geográfico que es final o parte del objetivo migratorio, sino considerando que antes, durante y después del proceso migratorio hay elementos sociales importantes que definen sus interacciones sociales. Las dinámicas de poder a las que son sometidos, desde su historicidad como juventudes en Latinoamérica, así como sus participaciones políticas o las características de relación cultural, resultan clave en el proceso de investigación, pues evita la reproducción de los saberes hegemónicos, así como la validación de estigmas y prejuicios que se diseñan desde los mundos adultos (Duarte, 2012).

El método biográfico y la etnografía multisituada, por ejemplo, son rutas importantes de trabajo que podrían ser clave en el ejercicio de captación de la complejidad y riqueza de sus experiencias migratorias. El desplazamiento no es siempre, afirmamos, una decisión autónoma. Encontramos, por el contrario, esto como una afirmación peligrosa que asume la autonomía de decisiones como un aspecto aislado de las presiones que el entorno social deriva sobre el existir social de las juventudes. Migrar es, en su consecuencia, una acción que se reduce a las pocas opciones que vulneran sus condiciones de vida.

Así, el método biográfico permite que las y los jóvenes migrantes relaten sus historias de vida, ofreciendo una perspectiva detallada y personal de sus trayectorias, amalgamándose perfectamente con la intención crítica y situada; haciendo inteligibles los desafíos y decisiones a lo largo de su ruta migratoria. Por su parte, la etnografía multisituada contextualiza estas narrativas en los diversos entornos por los que transitan, permitiendo comprender cómo las dinámicas sociales, económicas y políticas influyen en sus trayectorias.

Esta combinación de herramientas-técnicas proporciona un enfoque crítico, que abarca las experiencias subjetivas de los migrantes y de los contextos estructurales que moldean sus desplazamientos, revelando intersecciones entre individuos, instituciones y fronteras. Además, el

enfoque crítico-situado ofrece una herramienta analítica que visibiliza las relaciones de poder y las desigualdades que afectan a las y los jóvenes migrantes, subrayando la importancia de una investigación comprometida con la justicia social. Al entender las trayectorias migratorias desde una perspectiva más amplia, se puede avanzar hacia una comprensión más humanizada y contextualizada del fenómeno migratorio juvenil, contribuyendo al diseño de políticas e intervenciones más equitativas.

Referencias

- Baudon, R. (2004). "La sociología que realmente importa". En *Papers*, 72, 215-226.
- Burawoy, M. (2018). "Prefacio". En Juan Piovani y Leticia Muñíz (Coord.) ¿Condenados a la reflexividad? *Apuntes para repensar el proceso de investigación social*. Buenos Aires: Clacso.
- Cardenal, E. (2016). "Biografía y relato en el análisis sociológico. La aportación de la escuela BNIM (Método Interpretativo Narrativo Biográfico)". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (155), 55-71.
- Denman, C. y Haro, J. (2000). *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social*. Sonora: El Colegio de Sonora.
- Denzin, N. y Lincoln, Y. (2011). "Introducción general. La investigación cualitativa como disciplina y como práctica". En N. Denzin & Y. Lincoln (Eds.), *Manual de Investigación cualitativa Vol. I*, 3 ed. (pp. 43 - 116). Barcelona: Gedisa Editorial.
- Devereux, G. (1994). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. Madrid: Siglo XXI.
- Díaz, A. y García, P.L. (2019). "Retos de acceso a la justicia para personas centroamericanas en México". En *Acceso a la justicia penal: el caso de las poblaciones indígenas y migrantes*. Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional. Pp.61-88
- Duarte, C. (2012). "Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción". En *Última Década*, 36, 99-125.
- Glaser, B. y Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory: Strategies for qualitative research*. New York: Aldine Publishing.

- Haraway, D. (1988). "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective". *Feminist Studies*, 14(3), 575- 599.
- Íñiguez, L. (1995). "Métodos cualitativos en Psicología social". En *Revista de psicología social aplicada*, 5(12), S/P.
- Kincheloe, J. y McLaren, P. (2012). "Replanteo de la Teoría crítica y de la investigación cualitativa". En N. Denzin & Y. Lincoln (Eds.), *Manual de Investigación cualitativa Vol. II*, 3 ed. (pp. 241-315). Barcelona: Gedisa Editorial.
- Montero, M. (2010). "Crítica, autocrítica y construcción de teoría en la psicología social latinoamericana". En *Revista Colombiana de Psicología*, 19 (2), 177-191.
- Portes, A., Guarnizo, L., y Landolt, P. (2003). La globalización desde abajo: Transnacionalismo inmigrante y desarrollo. *La experiencia de Estados Unidos y América Latina*. Facultad Latinoamérica de Ciencias Sociales. FLACSO – México.
- Rosenthal, G. (2004). "Biographical Research". In: Seale, Clive et al. (eds). *Qualitative Research Practice*. London: Sage.
- Schütz, A. (1972). *Fenomenología del mundo social*. Buenos Aires: Paidós.
- Smith, L. (1999). *Decolonizing Methodologies: Research and Indigenous Peoples*. Dunedin: University of Otago Press.
- Valenzuela, J. M. (2014). "Transfronteras y límites liminales". En *Transfronteras. Fronteras del mundo y procesos culturales*. El Colegio de la Frontera Norte. pp.17-43
- Valenzuela, J. M. (2019). *Caminos de éxodo humano. Las caravanas de migrantes centroamericanos*. Gedisa: México.

